

Todos

*Revista de
Pastoral Vocacional*

uno

**Acompañar:
habilidad para crear
procesos de
discernimiento**

Directora:

M.^a Elena Martínez-Otero

Precio de suscripción 2001:

Consejo de Redacción:

España: Ordinaria: 2.700 pesetas
Extranjero (por avión): 5.400 pts.
(por avión): 32\$ USA

Número suelto: 700 pesetas

Justina de Benito
Pilar Arteagabetitia
Isabel García
Rosa Calvo
Enrique Aguilera
Víctor Gil
Ángeles Gamero
Abraham López
Rafael Nieto
Óscar Jesús Fernández
Julían Ojeda

Redacción y Administración:

Avda. Alfonso XIII, 97
Teléfono 91 519 36 35
Fax 91 519 56 57
28016 MADRID

Depósito Legal: M. 17.226-68 - ISSN: 1135-0032

Gráficas Dehon - La Morena, 23-25. 28850 TORREIÓN DE ARDOZ (MADRID)

REVISTA
DE PASTORAL
VOCACIONAL
DEL SECRETARIADO
DE VOCACIONES
DE LA CONFER

SUMARIO

Editorial

ARTÍCULOS

Acompañar candidatos para el noviciado.
Luis M^{re} García Domínguez, s.j.

Acompañamiento vocacional: personal y de
grupo. P. Raffaele Sacco

RECURSOS

"Mi Cuaderno de Oración: Samuel". P. Eduar-
do Howard Yrarrázaval

Materiales de Trabajo para E. Infantil y Prima-
ria. Comisión Diocesana de Enseñanza y
Educación Católica. Valencia, Enero 1999 ..

WWW.vocacion.com. La Vocación en Inter-
net Noticias y Enlaces de Pastoral Vo-
cacional. Julían Ojeda García, c.m.f.

Julio-Septiembre 2001

147

encarna dentro de la propia existencia la dinámica de la solidaridad, el servicio, la acogida y confianza incondicional en el Padre.

Algunas pistas y criterios que se sugieren en este artículo ayudan a verificar si el acompañamiento está siendo un camino de progreso y crecimiento. Así mismo se destaca la importancia de un acompañamiento grupal para desarrollar la necesidad de los jóvenes de comunicar su experiencia de comprometerse y confrontar con los demás en una búsqueda común y con un proyecto de vida.

En la sección de **recursos** introducimos esta vez una novedad. Es una programación poblada de sugerencias para ayudar a desarrollar, cuidar y desarrollar la Vocación en cada etapa de desarrollo del niño desde los tres hasta los doce años. Tenemos el convencimiento de que el descubrimiento de la llamada es una necesidad profunda que vertebra el crecimiento y por lo tanto la educación de los niños.

Agradecemos a la Comisión Diocesana de Enseñanza y Educación Católica de Valencia, la posibilidad de esta publicación por que creemos que puede ser un valioso instrumento de apoyo para educadores y pastoralistas en el ámbito educativo y que también se puede adaptar a otros espacios.

M.^a Elena Martínez-Otero

“Acompañar candidatos para el noviciado”

Luis María García Domínguez, s.j.*

Los pastoralistas vocacionales se esfuerzan benemérita en su trabajo con una población que mayoritariamente no participa en la liturgia y vida de la Iglesia, que no quiere saber nada de grandes relatos y pasa de proyectos a largo plazo, y que se interesa más bien por la gratificación inmediata de lo que puede conseguir con una libertad que aprecian mucho, pero que está fuertemente mediada por las estructuras familiares y por las multinacionales de la comunicación y el consumo. Disminuye el número de los que acuden a

convivencias y pascuas, y en las convocatorias de muchos grupos juveniles no se desea profundizar en lo que constituye el fundamento de la vida y entrega del pastoralista mismo: el Dios más íntimo que la propia intimidad.

Pero en esta situación, difícil y frustrante, el diálogo entre los pastoralistas vocacionales y los formadores/as de los noviciados es por lo menos tan necesario como antes, pues siendo pocos los candidatos se puede hacer menos frecuente el intercambio sereno sobre los criterios de examen vocacional

* Jesuita Maestro de Juniores y Profesor en la escuela de Formadores de Salamanca de la Compañía de Jesús. Experto en acompañamiento vocacional.

y sobre el itinerario de cada vocación antes de entrar en el Instituto. Pero no resulta siempre fácil este diálogo entre pastoralistas y maestros, que debe ser sinceramente libre y mutuamente interpelante, para entender el noviciado que el candidato tendrá y para ayudar al candidato que se admitirá.

El comienzo de la vocación tiene que ver con un encuentro personal con Dios que sucede en la intimidad del corazón humano.

En estas páginas un maestro de novicios reflexiona desde su experiencia sobre el tipo de acompañamiento que pre-para para el noviciado; se indican cuatro áreas que parecen significativas, entre otras, para este momento: el tipo de experiencia de Dios, la vivencia del pecado, el tema de las rupturas y la existencia de las inevitables crisis.

1. ABIERTOS AL MISTERIO

El comienzo de la vocación tiene que ver con un *encuentro personal con Dios* que sucede en la intimidad del corazón humano. La iniciativa es siempre de Dios, y el diálogo sucede en lo profundo de una experiencia últimamente inefable; pero generalmente concurren mediaciones litúrgicas, existenciales, solidarias o grupales¹ que qui-

zá requieren purificación para su plena autenticidad. De modo que pertenece a nosotros los humanos, y ya no a Dios, la preparación y apertura del sujeto que hace posible la percepción de la llamada, la interpretación del lenguaje afectivo e intelectual que el candidato siente, el inicio de algún tipo de respuesta. La escena de un joven Samuel que acude al viejo desatre que es Eli (1 Sam 3,10) nos anima mucho a los acompañantes, pues un pobre instrumento verdaderamente ayuda al discernimiento y fidelidad a la llamada divina.

A pesar de las dificultades indicadas antes, la actual cultura juvenil puede favorecer algunas disposiciones para que se produzca ese encuentro, pues la crisis de la práctica institucionalmente regulada, el descrédito de las Iglesias para orientar la vida de las personas, y la secularización evidente y creciente, "no han conducido, contra las previsiones de muchos estudios teóricos, a la desaparición de la religión, sino a esos fenómenos, extraños a primera vista, que son la 'eclosión' de lo sagrado en estado silvestre, la proliferación de los nuevos movimientos religiosos y nuevas formas de religiosidad, y la

diseminación de lo sagrado en las sociedades secularizadas"².

Pero en esta cultura del ruido y la actividad, enemiga de la soledad y del silencio, y cualificada estimuladora sensorial, no es muy probable que todos los candidatos al noviciado tengan la disciplina personal necesaria para abrirse al misterio con atención. De modo que algunos deberán ser ayudados a familiarizarse antes con espacios de silencio y a educar los sentidos y la capacidad de prescindir de la estimulación permanente.

Ocurre que cualquier impacto inferior como una buena o mala noticia, una contradicción en el trabajo, un fracaso o de un éxito académicos, pide inmediatamente la comunicación telefónica o el comentario inmediato con alguien cercano, buscando casi compulsivamente en la otra persona la resonancia de un eco amistoso, la acogida o el reconocimiento de la propia vivencia, la felicitación o el ánimo; en definitiva, un apoyo afectivo buscado imperiosamente en formas de aparente comunicación adulta. De modo que mucha de la dificultad para el silencio orante en los candidatos tiene elementos culturales, pero sus raíces se hunden en su psiquismo personal.

Por eso no se trata de equipar al joven para el exigente retiro que se encontrará en el noviciado; *el silencio* no se debiera proponer como una ascesis necesaria o una disciplina de la voluntad, sino como oportunidad de calidad de vida: hay niveles de conciencia de personal, de vivencia afectiva interior, de comprensión de lo real, de conocimiento de los demás y evidentemente de encuentro con Dios, que solamente pueden suceder en el silencio. Iniciarse en el control de los sentidos, la autoobservación creyente y el discernimiento de sentimientos es tarea que facilita mucho el encuentro auténtico con Dios y la adecuada interpretación de sus señales: a semejanza de María, que pasaba sus experiencias por su interioridad dando vueltas en su corazón a tantas cosas que le sucedían (Lc 2,19,51).

Se trata que el silencio de los candidatos/as acabe transformado en *oración*, una de las expresiones más universales de la vida creyente, "la mediación más próxima a la actitud religiosa de respuesta al misterio de la que todas las mediaciones siguen"³. Son muchos los modos de orar a que puede iniciar una buena preparación al noviciado; pero la principal propuesta para

¹ Se han señalado cuatro escenarios de conductas creyentes: ajuste existencial, autolegitimación, demanda de interdependencia y respuesta a un mensaje: A. Torros y R. Aparicio, *¿Quién es creyente en España hoy?*, 1995, Madrid, PPC, pp. 32-37.

² J. Martín Velasco, "Crisis de las religiones y presencia de la oración entre los jóvenes", *Misión Joven*, XL, n. 290, 2000, p. 16-17. Todavía un 60% creen que Dios existe y se ha dado a conocer en Jesucristo y el 61% dicen tener momentos de oración, incluidos quienes se autodenominan no creyentes, constituyendo la oración de petición su forma mayoritaria (46%).

³ J. Martín Velasco, *art. cit.*, pp. 17-18.

abrir este espacio significativamente en la vida del candidato sería sencillamente la propuesta de orar en silencio un tiempo cada día. Orar a solas, sin grupo, sin puesta en común, sin tener alrededor conocidos que le pueden observar; orar sin música de fondo, hacerlo sin muchos textos, sin muchos libros, sin muchas imágenes mentales, sin demasiados apoyos; orar con solo una palabra, una frase evangélica, el verso de un salmo; orar retirado, en la propia habitación, en una iglesia u oratorio discreto; orar desde los propios sentimientos a veces contradictorios, presentándolos y ofreciéndolos sin buscar mucho más que saberse escuchado por quien sabemos nos ama; orar, pues, en contacto consigo mismo dirigiéndose sin muchas palabras a un Dios que ve en lo escondido (Mt 6,6-7).

Orar en silencio implica hacerlo un poco prolongadamente. Diez minutos de oración matutina y otros diez de revisión del día es suficiente para mostrarse como creyente consciente delante de Dios, lo que no es poco; pero probablemente no

libera un espacio suficiente para la presencia y el encuentro con Otro, ni permite aflorar los sentimientos de ausencia y frustración cuando el Amigo se hace opaco, ni abre a significados segundos de la experiencia cotidiana, o expande la entrega confiada del plenamente disponible. El candidato no debe tener prisa en su oración; el encuentro con lo sagrado es lo primero en su vocación, y ya vendrán las demandas de un activismo ordenado.

Oración devota y cristiana

Para orar en silencio pueden ayudar algunos *símbolos* que se hacen sagrados para el joven, apoyos ocasionales aunque a veces sean ambivalentes; hay candidatos que encuentran gusto en su rincón de silencio y soledad, poblado con iconos, alumbrado por la luz de una vela, y hasta perfumado por incienso. A veces nos asusta esta sensibilidad emotiva, que generaciones mayores tildamos de descomprometida o tal vez precristiana; pero es cierto que también hemos encontrado útil algunas veces esta forma de ambientación sagrada para disponerse al encuentro.

El candidato no debe tener prisa en su oración; el encuentro con lo sagrado es lo primero en su vocación, y ya vendrán las demandas de un activismo ordenado.

La pregunta es, ciertamente, si en estas manifestaciones (y la experiencia subyacente) encontramos "mística o misticación"⁴. Uno de los rasgos de

la espiritualidad un tanto indiferenciada de hoy es que la imagen del Dios cristiano se acomoda a los deseos más o menos proyectados del creyente; y algunos candidatos y candidatas llegan al noviciado con una imagen y experiencia de Dios no tan cristianas. Por ejemplo, puede quedarse con la sensación cósmica de comunión con un mundo o con una humanidad percibida un poco al modo *New Age*; o en sólo una sensibilidad afectiva y estética sentida, recordada y fomentada, pero que se hace central en la experiencia en vez de concomitante a ella; o puede tratarse de un Dios que se percibe como padre sin contornos, especie de abuelo bonachón en bata y pantuflas, que no establece límites a nadie y últimamente no se entera de mucho, etc. A estas creencias, que conviven en tolerado sincretismo⁵ con la figura más o menos cristiana que traen algunos candidatos y candidatas, hay que añadir otras imágenes más o menos distorsionadas, que quizá eran más frecuentes tiempo atrás: como el Dios punitivo y exigente, aplacable con la fidelidad a normas morales; o el Dios racionalmente comprendido pero lejano de la experiencia afectiva individual; o un Dios intelectualmente servido en la literalidad litúrgica o en la escrupulosidad de las rúbricas.

De modo que cada candidato necesita su pedagogía para que se abra al Dios Padre de Jesucristo, según las imágenes bíblicas que nos lo presentan y la comunidad eclesial que lo celebra e invoca. Hay que hacer memoria de Jesús de Nazaret encarnado, y probablemente debemos recuperar también la invocación al Espíritu de Jesús, cuyo puesto tal vez es usurpado por esta espiritualidad indiferenciada a la que hacemos referencia. Y el rostro verdadero del Dios trinitario debe permitir una relación verdaderamente personal, pero también entrañable y no sólo exigentemente ética. La importancia cultural de la emotividad en estos jóvenes sensibles no deja de ser una oportunidad para una pedagogía que les proporcione una *oración devota y cristiana*, que sea tiernamente afectiva, aunque también comprometida, pues contempla la encarnación de Dios.

Pues se trata de una oración de encuentro personal y alteridad, de diálogo y coloquio interpelante más que de autocomplacencia sensitiva, de unión más que de fusión; una oración siempre inesperada y gratuita, transformadora de la vida y de los planes de quien se acerca a esa llama ardiendo (el "vete, yo te envío" de Ex 3,10). Una oración todavía no mediatizada ni presio-

⁴ "La nueva religiosidad, ¿mística o misticación?", *Sal Terrae*, 89, n. 1.044, 2001, pp. 266-319.

⁵ Entre los jóvenes que se consideran creyentes aparecen creencias muy variopintas, como se recoge en J. Elzo (Ed.), *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, 1999, pp. 22-38 y 321-337. Los candidatos/as pueden participar en estas creencias en diferentes grados.

nada por el discernimiento vocacional, por la elección concreta de estados de vida, sino sólo por el Dios mismo que se quiere comunicar al sujeto humano de tantas maneras y en modos únicos para cada persona. Educar a esta oración es suamente fundante de la vocación, libera al candidato y a su acompañante, y prepara una decisión que es derivada de la previa experiencia de Dios.

La oración permite también el encuentro con la *misteriosidad humana*, pues el enigma que el hombre es para sí mismo se hace pregunta radical que suscita la religión. La cuestión del sentido de la vida es "uno de los puntos de partida fundamentales tanto para la educación a la fe de los jóvenes, en general, como para la educación a la oración, en particular"; "en la cuestión del sentido se hace presente a la conciencia humana ese rasgo peculiar de su condición que hace que el hombre nunca coincida consigo mismo, esté habitado por una desproporción interior que le hace juzgar todo lo que hace, piensa, realiza y es a la luz de un criterio, de un ideal siempre presente, pero siempre inalcanzado; una especie de horizonte que envuelve todo el discutir de sus días y lo orienta sin dejar-se alcanzar en ningún momento"⁶.

Estamos proponiendo para los candidatos al noviciado, por lo tanto,

lo que parece obvio pero no siempre lo es tanto: un acompañamiento explícitamente cristiano, aunque también radicalmente humano, que se haga fundamentalmente religioso antes de preocuparse por una confirmación vocacional. Esto, evidentemente se puede ayudar con otros instrumentos, como alguna *catequesis* que posibilite orar con la Biblia o con textos de la tradición cristiana; como la conveniente *pedagogía de la oración* que favorece las condiciones de la oración, donde lo importante no será dar mucha información, sino aplicar la necesaria a su encuentro con Dios. Pascuas, celebraciones varias, encuentros de fe, retiros de oración, marchas, peregrinaciones y otros *muchos modos* de preparar religiosamente al candidato pueden favorecer que se encuentre, en grupo o en silencio, consigo mismo y con un Dios reconocido en Jesús.

Otro instrumento posible en la preparación al noviciado es la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*. En la versión ignaciana de esta experiencia (aunque hay otros modos plenamente válidos) ayudará mucho iniciarse en cierto método de oración y discernimiento, y reconocerse en un camino espiritual con un orden o etapas. Se trata de unos días de oración personal prolongada; metódicamente discernida individualmente y con otra persona; se da un encuentro con la salvación que Dios ofrece en Jesucristo, y con la propia infidelidad; se aprecia la figura del Jesús que atrae e invita a seguirle; etc. Quizá el proceso completo de los Ejercicios con toda su fuerza (por ejemplo, de mes en retiro) se puede imaginar más propiamente durante el noviciado o incluso dejar para momentos posteriores; y en ningún caso es útil que el candidato adelante superficialmente el proceso entero, manteniendo intelectualmente un vocabulario no internalizado que le haga resistentemente resabidillo. Y tampoco busquemos que en cinco u ocho días se produzca una elección vocacional que no se suele considerar plenamente válida ni cuando se toma en un mes de retiro bien hecho.

dad; se aprecia la figura del Jesús que atrae e invita a seguirle; etc. Quizá el proceso completo de los Ejercicios con toda su fuerza (por ejemplo, de mes en retiro) se puede imaginar más propiamente durante el noviciado o incluso dejar para momentos posteriores; y en ningún caso es útil que el candidato adelante superficialmente el proceso entero, manteniendo intelectualmente un vocabulario no internalizado que le haga resistentemente resabidillo. Y tampoco busquemos que en cinco u ocho días se produzca una elección vocacional que no se suele considerar plenamente válida ni cuando se toma en un mes de retiro bien hecho.

Pero hay algo más simple y grande a la vez. Los sacramentos son privilegiadas mediaciones de lo divino que, aunque se benefician de una teología compleja para vivirlos con más riqueza, los puede celebrar el pueblo cristiano participando con fe viva y paz de espíritu sin una excesiva o sofisticada iniciación; los sacramentos no son sólo para teólogos o intelectuales. Por eso la participación habitual en la eucaristía y la reconciliación pueden ser dos mediaciones privilegiadas y muy accesibles para quien vaya a entrar en el noviciado. En la *eucaristía*, vivida sencillamente en la misa parroquial, o en cualquier iglesia con el pueblo de Dios, y no sólo en la celebración muy preparada y sentida del grupo de pertenencia, el

candidato y la candidata pueden encontrar al Dios vivo que acoge siempre al que se dispone bien, que dice su Palabra cada día, que se ofrece por el mundo y se da en comunión transformadora. La eucaristía es oración comunitaria y personal, la oración más cristiana y fundante; un poco preparada por el que participa en ella (por ejemplo orando previamente sobre el evangelio del día, o entrando en el templo unos minutos antes para serenar el propio espíritu) suele ser lugar connatural de reconciliación y ofertorio, de alimento y estímulo cotidiano al candidato devoto. La *reconciliación sacramental*, que se aprende a vivir en catequesis y celebraciones un poco cuidadas, pero que se puede repetir con cierta periodicidad, es otra ocasión eficaz de encuentro sencillo con el Dios que acogió y renueva al fiel que se le confía.

2. CULPA, RECONCILIACIÓN Y SEGUIMIENTO

Toda cercanía al Dios santo tiene un momento purificador, y el Dios cristiano ofrece también salvación como renovación del ser de un hombre "enfermo de Dios"⁷; de modo que la experiencia del cristiano no pasa por la aceptación libre de una salvación que Otro le trae. Esto se puede expresar de muchos modos (Jesucristo me salva, me li-

⁶ J. Martín Velasco, *art. cit.*, p. 23.

⁷ J. Martín Velasco, "Religión y sentido de la vida en las sociedades postreligiosas", *Sal Terrae*, 89 (n. 1.042), 2000, p. 91.

El encuentro con Dios en el silencio abre necesariamente al encuentro con uno mismo, a un cierto abismo incómodo del que se tiene cierto miedo existencial.

bra de mí mismo, de mis pecados, de mi pobreza, etc.); pero, más allá de una u otra formulación, importa tener una experiencia de este tipo: "soy salvado gratuitamente por otro, que es Jesús, de unos dinamismos que en algún sentido superan mi voluntad y escapan a mi control, pero en los que yo también colaboro con mi libertad y de los que en parte soy responsable".

El encuentro con Dios en el silencio abre necesariamente al encuentro con uno mismo, a un cierto abismo incómodo del que se tiene cierto miedo existencial. No agrada mucho al joven creyente el panorama que suele encontrar dentro de sí, y muy pronto a bastantes se les viene abajo el narcisismo que manifestaban externamente; y no tanto por la presencia de alguna limitación de la que uno no es responsable, sino por la conciencia de una libertad mal empleada: por la *culpabilidad*.

El tema de la culpa, sin embargo, constituye un asunto incómodo en estos tiempos, si es que no está ya clasificado por el pastoralista juvenil como políticamente incorrecto. Aunque se requiere tino para verificar sus señales, discernir su senti-

do y favorecer su vivencia más adecuada, no ayudará mucho que el candidato/a pase sobre él como gato por brujas, al modo como solíamos con elaboraciones teológicas tradicionales incómodas para chicos de hoy, como la existencia de los ángeles o cosas semejantes. Respecto a la culpa, parece conforme a la revelación bíblica y a la tradición espiritual, sentir y entender que el amor recibido y experimentado como perdón y salvación es lo primero; y que posteriormente sucede la confesión del pecado personal, de la propia participación, del conocimiento de la "malicia y fealdad" del pecado. Parece, por el contrario, un mecanismo menos cristiano (fariseo, obsesivo compulsivo, o genéricamente culpabilizador) el de sentir la inadecuación del fallo, y querer corregir, compensar, exonerar o disculpar el peso de esa falta por uno mismo.

¿Qué se percibe entre los chicos y chicas que llegan a los noviciados? La experiencia de fondo ante la culpa, el pecado y el perdón no aparece fácilmente al principio del noviciado, donde el acento está más puesto en el cambio, el aprendizaje de tantas cosas nuevas, la incorporación a una comunidad, la ilusión y expectativas de los comienzos. Más probable es que inicialmente se dé en la mayoría una apariencia de integración a los ojos de maestros y maestras, favoreci-

da por la respuesta a celebraciones cuidadas, catequesis y cursillos. Pero prácticamente todos se han encontrado necesariamente con el pecado en sus vidas antes de entrar, y han tenido que hacer algún tipo de incorporación existencial de esa realidad, ayudados por sus acompañantes y fiados de ellos. Esa primera síntesis a veces integra su experiencia de pecado, pero no siempre lo consigue. ¿Cómo elabora, pues, su *culpabilidad* el joven candidato, más permisivo con otros que consigo mismo? Es claro que desde el punto de vista religioso, unos utilizan formulaciones más tradicionales y otros más novedosas, pero su experiencia no tiene que ver necesariamente con la imagen teórica que cada uno tenga de Dios; pues imagen intelectual y vivencia afectiva no van siempre acordes, y una adecuada teología puede convivir con una mala vivencia del pecado, o viceversa.

Evidentemente, pueden aparecer varios posibles modos de respuesta⁸, según personas y etapas. En algunos se puede dar una confesión un poco obsesiva de la culpa; aunque esta situación no siempre es patológica ni traumática. Y puede constituir una fase provisional hacia vivencias más elaboradas, en todo caso suele ser algo trabajosa para el acompañamiento.

Más frecuente hoy culturalmente es el enmascaramiento de los sentimientos de culpabilidad en diversos modos de elaboración mental como la justificación racional o la disculpa más o menos racionalizada, quizá apoyada en teorías tolerantes; es posible la compensación de una falta cometida, mediante actos generosos más o menos automáticos; cabe también que las culpas pasadas o presentes se pierdan en el olvido o la represión, la ignorancia o la guerra; finalmente, la proyección hacia otros de esa vivencia de culpa, con la subsiguiente acusación de personas cercanas o lejanas, puede ser un mecanismo más rígido y conflictivo, pues tampoco consigue librar de su culpabilidad al que la sufre, pero le hace aparecer friamente agresivo. Otras veces, con o sin estos mecanismos, la culpa no reconocida se procesa inadecuadamente como sentimiento de inferioridad, lo que en esta sociedad y cultura juvenil aparece con bastante frecuencia en forma de baja autoestima.

Estas elaboraciones, que evitan la conciencia de culpa de bastantes candidatos en un primer momento, y quizá tranquilizan a sus acompañantes, no elaboran válidamente la culpa de fondo, sino que simplemente desplazan o ignoran sentimientos latentes bajo apariencia de integración; pero no siendo del todo eficaces, aquello que pa-

⁸ A. Cencini, *Vivere riconciliati. Aspetti psicologici*. 1985, Bologna, EDB, pp. 11-29; cf. C. Domínguez, "Culpa y salvación", en *Crear después de Freud*, 1992, Madrid, Paulinas, pp. 140-169.

recia superado puede saltar con posterioridad, sin motivo aparente o con ocasión del retiro anual o de los Ejercicios. Y puede aparecer en forma de agitación ansiosa o de sosegada duda vocacional, como en la pregunta del novicio: "¿cómo voy a comprometerme con unos votos si no me siento capaz de cumplirlos, de mantener compromisos tan elevados? ¿Cómo voy a prometer algo que, aunque me atrae, está tan por encima de mis fuerzas? No quiero ser un incoherente..." Y de este modo, cuando retorna la culpa reprimida, puede retrotraernos muy al principio del proceso, pues se cuestiona desde la autenticidad de la relación con Dios hasta la misma vocación; pues no todas las crisis son de crecimiento.

¿Cómo voy a comprometerme con unos votos si no me siento capaz de cumplirlos, de mantener compromisos tan elevados?

Entonces, ¿cuándo se debe intentar una pedagogía para la vivencia cristiana de la culpa? Unos pensarán que el noviciado es el momento más adecuado para afrontar esta problemática; otros, que en el momento que surja el problema, sea cual fuere la etapa; o quizá otros piensen que no hemos de tratarlo directamente hasta que el chico o la chica no lo pida explícitamente. Pero intentar alguna aproximación al pecado y a la culpa personal antes del noviciado tiene menos riesgos que ventajas, pues de lo contrario se puede construir sobre fun-

damento falso durante todo el prenoviciado. O bien sucederá que en el noviciado se dedica demasiado tiempo para este trabajo purificador, de modo que la derivada pesadumbre de sí no permitirá al novicio la vivencia ya reconciliada del seguimiento gozoso; o cabe también que la resistencia defensiva alimentada largamente en candidatos y candidatas ya entrados en años se consolide para ellos como supuesta integración e impida un cambio personal posterior, dado que el noviciado no es un lugar para la psicoterapia.

De modo que durante la preparación al noviciado se pueden intentar algunas cosas. Por ejemplo, no conviene desculpabilizar (disculpar) demasiado pronto al sujeto, sino dejarle que lidie por un tiempo con cierta ansiedad, y que al menos no cierre en falso la herida narcisista de su culpa; y no le conviene al acompañante quedar tranquilo porque el chico/a haya hablado una vez de historias pasadas, pues ni sólo confesarse ni simplemente explicitar alguna vez sus historias confictivas garantiza la posterior experiencia sosegada de la reconciliación. Aunque cuando hay heridas profundas o historias personales trabajosas que pueden requerirlo, antes de la entrada en el noviciado se puede trabajar con un psicólogo/a capaz, y eso puede reajustar mu-

cho la vivencia en torno a la culpa y ser una buena ayuda para la posterior integración religiosa del mal y del pecado; pero propiamente ni la sustituye ni la garantiza siempre.

La integración propiamente religiosa es una vivencia nueva, después de experimentar la salvación; pues no es fácil una reconciliación consigo mismo, lo que muchos pastoralistas intentan, sin una previa o concomitante reconciliación con Dios. La autoestima necesaria al que tiene vocación sólo vendrá de un reconocimiento externo no condicionado social ni culturalmente; es decir, del Dios personalmente sentido como salvador que se dirige al sujeto a través de sus mediaciones válidas; pero esa verdadera reconciliación se transforma fácilmente en seguimiento, como vemos en el evangelio y en la tradición⁹.

3. LAS RUPTURAS OPORTUNAS

En el candidato/a a la vida consagrada suele producirse que anteriores comportamientos, relaciones u objetos pierdan relevancia (pues no se consideraran cosas últimas) y

La autoestima necesaria al que tiene vocación sólo vendrá de un reconocimiento externo no condicionado social ni culturalmente; es decir, del Dios personalmente sentido como salvador.

consiguientemente se produzcan rupturas espontáneas respecto a su vida anterior que sólo le pide su nueva conciencia. Es signo de salud vocacional este dinamismo autónomo de indiferencia espiritual, libertad o generosidad con Dios que se refleja en gestos concretos de proyecto personal, decidiendo con gozo, "sin otra luz y guía / sino la que en el corazón ardía"¹⁰. No le basta ser un joven cristiano, y aparecen nuevas exigencias específicas de su vocación, cuando trata de vivir conforme a lo que entiende pide su futura consagración, vida en comunidad o apostólica.

El pastoralista vocacional constatará el hecho y valorará el deseo que lo mueve, aunque puede ayudar a que responda a motivación adecuada y a que sirva al proceso de la vocación. Pues al candidato/a le mueve el deseo de Dios, no la necesidad, y estos gestos de ruptura con la vida anterior son la que

⁹ Cf. Lc 5,8; 8,2; 8,38, etc. En los Ejercicios ignacianos el ejercitante reconciliado no se cierra sobre sí mismo ni se atemoriza ante el castigo, sino que se compromete al seguimiento con las conocidas preguntas de "¿qué hice, qué hago, qué debo hacer por Cristo?". Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, n. 54.

¹⁰ San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*, 3.

podríamos llamar *razón mística* de las renunciaciones en su enamoramiento inicial: "buscando mis amores / iré por esos montes y riberas / ni cogere las flores / ni temeré las fieras / pasaré los fuertes y fronteras"¹¹. En el encuentro vivo con el Dios santo el creyente se siente arrebatado y las cosas se relativizan hasta caérsele: "lo que antes valoraba tanto, ahora lo considero basura" (cf. Filip 3,7s).

Esta primera y más deseable motivación puede ser acompañada por otra *razón ascética* o de compromiso ético presente en toda experiencia religiosa, que invita a una transformación consciente de la propia vida conforme a la "fe que obra en el amor" y que suele ser válidamente consecuencia de la anterior. Pero a veces se puede proponer al candidato/a simplemente una *razón práctica* para sus rupturas necesarias: una invitación a acostumbrarse poco a poco a las exigencias del régimen de vida que va a empezar en el noviciado. Esta perspectiva, que puede parecer de sentido común, vehicula a veces el mensaje subliminal de que el noviciado es un mal necesario, una ruptura exagerada e innecesaria en algunos aspectos, por ejemplo para vocaciones apostólicas: "¿Hace falta tanta separación del mundo para

futuros religiosos/as que habrán de vivir su vocación en medio de la realidad? ¿No pretendemos formar mini-monjes en vez de futuros apóstoles?".

Por eso es preferible considerar como otro fundamento válido de las rupturas oportunas la *razón apostólica*. También la vida consagrada es signo escatológico e implica netas diferencias existenciales con la vida laical, pues hay discontinuidad entre el "estar en el mundo" de la mayoría de los jóvenes cristianos (incluidos los candidatos) y el "estar en el mundo" de los religiosos/as que significativamente trabajan por él y dan su testimonio en medio de él. El candidato, que hasta ahora ha usado de las cosas sin mucho discernimiento, aprende esta discontinuidad radical recorriendo un proceso que inicialmente practica el contracultural "quitarse" de muchas cosas de un modo real e intencionalmente definitivo; aunque luego las pueda recuperar, y mucho antes de lo que él mismo se imagina, como verdaderos iconos de la divinidad y objeto de atención apostólica¹². Ordinariamente, el corazón del candidato no está todavía educado para ese amor ordenado.

¿Cuáles son, entonces, las rupturas convenientes o las renunciaciones

oportunas? Las de cada persona pueden ser muy diferentes, pues lo esencial es que se den, tengan referencia a su experiencia de Dios y a su vida concreta, y que sean motivadas válidamente. Se trata de situaciones muchas veces muy sencillas o juveniles (según edad), pero siempre significativas, que le llevarán probablemente ante todo a asumir con responsabilidad nueva los compromisos cristianos de la propia vida familiar, el estudio o el trabajo. También pueden aparecer compromisos respecto a la comunidad cristiana de referencia, algún servicio social o catequético, el empleo del tiempo libre, las formas de ocio, el uso de las cosas.

Por ejemplo, la asistencia a su reunión de grupo implicará renunciar de vez en cuando a un partido de la tele o a una merienda con sus amigos; su desgana ocasional tendrá que vencerse para acompañar a quien lo necesita en servicio de amor a los pobres, marginados o ancianos. Otras veces las salidas de fin de semana con los amigos de su grupo cristiano tienen sentido diferente para quien busca novio/a y se relaja un tanto en la movida nocturna y para el candidato/a que quiere hacer voto de castidad y relacionarse de una manera determinada con el otro sexo; tendrá que aprender a descansar en fórmulas alternativas a las de la dulce sociedad del consumo. Otros gestos pueden tener que ver con la mayor austeridad, pues el uso y sentido del dinero resulta diferente para quien

va a hacer voto de pobreza que para el laico que va a disponer libremente de su patrimonio. Una chica o un chico que desean entrar en el noviciado pueden justamente hacerse preguntas como éstas: "¿Voy a la discoteca como antes o digo que estoy cansado (por no dar más explicaciones)? ¿Bebo alcohol como antes o me paso a los zumos? ¿Estoy danzando hasta las tantas o me retiro antes y rezo un poco antes de dormir?" De modo que muchos gestos concretos que tienen que ver con la consagración misma y con la fidelidad a un plan de vida comienzan a establecer rupturas y discontinuidades en la vida de un joven candidato/a que, por lo demás, sigue su vida ordinaria como laico aunque tiene su corazón puesto en otras cosas.

En estas situaciones el pastoralista puede ofrecer su saber en el discernimiento de las propuestas y ayudar mucho con el ofrecimiento de matices o alternativas en la dirección significativa para cada caso concreto. Es muy pedagógico remitir a lo concreto de la nueva vocación en la vieja vida: que el chico/a haga su cama, recoja los platos de la comida que otra persona le prepara, fregue los platos a su madre que siempre le cuidó, alivie a sus hermanas de tareas del hogar, se ofrezca a ir a la compra o a tirar la basura. O que un horario garantice unas horas de estudio no siempre atendidas, o la honradez y seriedad profesional en sus horarios y condiciones de trabajo. Cuando hay

¹¹ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 3.

¹² El *contemplativo en la acción* sólo al final de los Ejercicios ve a Dios en todas las cosas; al inicio es invitado a apartarse de las cosas, por el desorden radical de su deseo: L.M. García Domínguez, "La ordenación de los deseos en los Ejercicios espirituales", *Communio*, 22, 2000, pp. 358-370.

cosas obvias que corregir, los mismos candidatos/as desean evitar relaciones, situaciones o personas que no le ayudan para su nuevo camino, pues le atraen para mal: el alcohol de las salidas nocturnas, algún tipo de relación con el otro sexo, el uso inadecuado del dinero... Otros gestos puede plantearse o no el sujeto, y pueden ser propuestas del pastoralista acompañante, que formarían parte de un estilo de vida nueva que no tiene que ver tanto con el consumismo, la gratificación inmediata o la búsqueda del éxito humano: el uso de teléfono (móvil, por supuesto), las marcas de ropa, la forma de vestir, el pelo largo o corto, el pendiente en la oreja, la colonia que utiliza, los lugares que frecuenta, las amistades que mantiene, la relación con el chico/chica con que antes salió, las aficiones que alimenta, los viajes o vacaciones, los modos de ocio.

Invitaciones de otro tipo pueden apuntar a crecer en comunicación familiar (enfrentando este difícil capítulo de casi todas las vocaciones actuales); a esforzarse en mejorar las relaciones con superiores, con iguales, o con el otro sexo; a trabajar la necesaria asertividad o a luchar contra la inferioridad paralizante; etc.

Esta experiencia de concreción y ruptura tiene otra virtualidad, en la experiencia de bastantes maestros/as: proporciona nueva identidad y ayuda a la difícil decisión vocacional definitiva. Por ejemplo, el que se ejercita en la pobreza y la austeridad en medio de un mundo que necesita la relevancia social o identidad que da el dinero, se autodefine como seguidor pobre de un Jesús pobre y solidario. El que opta por las relaciones castas se autoidentifica como quien quiere ser célibe como Jesús y por su causa en medio de una cultura que se ha llamado *anorgasmofóbica*. Quien es manso y humilde en sumisiones naturales, y lo hace por el Reino y hallando que Dios le habla a través de esos acontecimientos, frente a la autonomía connatural y el narcisismo que le rodea, se autodefine como quien sale de sí y se descentra en su cabeza y en su corazón buscando siempre la voluntad insondable del que le ofrece el tesoro mejor.

No conviene que todas las rupturas se ofrezcan en negativo, sino que existan propuestas que requieran el cambio de hábitos o rutinas. También en esto lo concreto y sencillo tiene mayor fuerza transformadora de lo que solemos creer: puede resultar muy útil seguir un método de sesenta horas de mecanografía, aprender algún programa informático, iniciarse disciplinadamente en unas clases de guitarra y su práctica cotidiana; esfuerzos explicados como futuro equipamiento apostólico y que, de paso, prueban y ejercitan su voluntad de cambio y la flexibilidad a las sugerencias forma-

tivas. Las opciones pequeñas y rupturas cotidianas ejercitan además la capacidad de decidir en forma

Las opciones pequeñas y rupturas cotidianas ejercitan la capacidad de decidir en forma definitiva, el que elige en lo poco se va predeterminando para una elección mayor.

definitiva, pues el que elige en lo poco se va predeterminando para una elección mayor. Algunos encuentran muchas dificultades para elegir porque como candidatos nunca se plantearon (ni nadie les planteó) elecciones adecuadas que implicaran rupturas con cosas buenas; mantuvieron durante su prenoviciado todas las puertas abiertas, aunque fueron cumplidores con el plan de preparación que se les propuso. Y meses después de entrar desean mantener muchas puertas abiertas, con lo que se dificulta la radical decisión de los votos o se cuestiona la disponibilidad que implican: "¿Por qué habría que renunciar ahora a algunas cosas (como unos estudios, carrera, tipo de trabajo, tipo de relación con la familia, amistades, aficiones...) si todo eso era hasta ahora compatible con la vocación?" De hecho no tienen la experiencia de renunciar a cosas buenas para lograr otra mejor; no han descubierto la perla única o el tesoro único ante lo que todo aparece como sin valor (Mt 13,44s); o sólo han descubierto la vocación como algo bello,

una cosa más entre tantas que ya posee, y que no merece la renuncia a bienes poseídos que son preciosos a sus ojos. A tales novicios los votos se presentarán como una renuncia inaceptable y arbitraria al uso de las realidades humanas muy buenas implicadas en ellos.

4. LA PRUEBA DE LA CRISIS

Dios misteriosamente acrisola al que se le acerca, aunque en tal modo que el buen amante lo reconoce como "llama de amor viva que tiernamente hieres", como "cauterio suave", como "toque delicado" que "matando, muerte en vida las has trocado"¹³. Dios prueba el amor o deja en prueba al amante para hacerle crecer, para darle interno conocimiento de verdades más elevadas, para educarlo¹⁴. Los códigos de lenguaje utilizados por los candidatos (de la Escritura, la tradición espiritual o propios) no son tan importantes como la realidad de un seguimiento fiel de Jesús, en que ya suceden muchas pruebas a la fidelidad y al amor de un amado que no siempre gratifica sensible y afectivamente. Aparecen tentaciones cotidianas en la tensión inherente a caminar tras un horizonte inalcanzable, situaciones puntuales

¹³ S. Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 1-2.

¹⁴ "Yo, a los que amo, los reprendo y corrijo" (Apoc 3, 19; Prov 3, 12) cf. Hebr 12, 5-12, etc.

que prueban la nueva identidad social que el candidato se pretende dar; como puede suceder con un inesperado regalo costoso que le llega, una fiesta social a la que acudir o renunciar, una oportunidad laboral, académica o social que ya no entra en el nuevo proyecto, un viaje, una oportunidad...

Pero es que, además, toda vocación tiene en su origen unos elementos auténticos junto con otros espurios, de modo que siempre hay un carácter de mezcla y ambivalencia (que no invalidación) en toda vocación inicial¹⁵. Por ejemplo, un candidato puede tener una notable sensibilidad por la justicia movida por un amor real al necesitado *conjuntamente* con un cierto espíritu de reivindicación social; una chica se quiere ir al tercer mundo como religiosa no siempre y sólo por auténtico amor al pobre, sino *también y conjuntamente* por un poco de deseo de aventura, por independencia o por un espíritu maternal que no invalida, pero tampoco autentifica, la llamada vocacional propiamente divina. También sabemos que algún "deseo de Dios" pudiera ser tapadera para el miedo a la angustia existencial, experiencia latente de muchos jóvenes

actuales; "precisamente por no resultar fácil esta cara a cara con la insatisfacción —ante la imposibilidad de 'poseer el amor' según nuestros deseos— y la inseguridad —ante la imposibilidad de 'disponer de la verdad' a nuestro gusto—, surge permanentemente la tentación de retroceder en lugar de avanzar"; y por eso los sociólogos describen nuestra sociedad como de "eternos adolescentes" que se niegan a crecer, a aceptar el desafío de toma decisiones y apenar con sus consecuencias¹⁶.

Recordar el carácter no puro de la vocación inicial, como de algunas experiencias religiosas, no parece ninguna novedad, pues los documentos de la Iglesia invitan a discernir el carácter recto de las motivaciones vocacionales, y tal rectitud de intención es un tema de la espiritualidad más rancia. De modo que estamos invitados a cooperar con la purificación divina, y a favorecer con ella la rectitud de la vocación no sólo discerniendo su presencia, ni su probable ambivalencia, sino favoreciendo abiertamente la consolidación de los elementos genuinamente válidos. De modo que en el acompañamiento del candidato no se puede desdeñar el carácter

de prueba de una vocación que es única y la misma antes y después de entrar en el noviciado. Lo cual en definitiva remite a la aceptación e inicio de algún *cambio* como criterio importante de la buena disposición de un candidato al noviciado. Pues hay quienes temen el cambio, pues pedir una reestructuración de la persona puede chocar con planteamientos antropológicos culturales implícitos; y entre el mensaje del "cambia", o de "sé tú mismo" quizá nos inclinamos demasiado fácilmente al segundo, que nos parece acriticamente más respetuoso con la persona.

Hemos indicado que muchos candidatos/as establecen rupturas espontáneas con realidades de este mundo, como forma de amor y como lucha contra la tentación; pero ¿qué hacer si no se dan estos gestos, si el candidato no quiere hacer introducir cambio alguno en su vida? Dependerá de los casos, pues algunos/as verdaderamente no saben identificar en sí mismos estos deseos o no saben concretar y dar salida a sus emociones espirituales, otros tienen ese deseo interior aunque por inseguridad o pudor no se atreven a aceptarlo como bueno, y otros no quiere en modo alguno intentarlo. También puede haber tácticas dilatorias inconscientes: como el que comunicaba deseos tan sublimes (el sueño de morir mártir en Latinoamérica) que su acompañante quedaba desconcertado, sin querer descalificarlos ni saber qué más hacer con el candidato... el cual,

gracias a sentimientos tan bellos de futuro, se ahorra aplicar al presente la cruz que decía deseaba padecer.

Los sentimientos sublimes no son vocacionalmente peligrosos, sino más bien al contrario, a no ser que se verifique que no llevan a nada concreto; así que la implicación concreta de las mociones espirituales en la vida cotidiana es la prueba del nueve de la autenticidad de tal operación espiritual. Por eso conviene *com-probar* su fuste o fiutlidad con estas o parecidas cuestiones: "¿y eso qué significa para ti mañana, en tu familia, en tu clase, en tu día a día?; ¿qué te ofrece Dios hacer hoy por Él?; ¿qué puedes ofrecerle de ti mismo mientras tanto viene el martirio". Otras, más ideologizadas, elaboran bellas teorías sobre el bien y el mal, más que comunicar deseos algunos personales; y de nuevo: los grandes deseos no son inútiles por ser grandes, sino por no ser concretos e integrados con la inteligencia y la voluntad en el seguimiento encarnado de Jesús.

Cuando el acompañante vocacional favorece este carácter de *prueba*, está trabajando no sólo la autenticidad, sino también la idoneidad de la vocación mediante el fortalecimiento de la voluntad efectiva, haciendo saltar el inmediatismo del "no me apetece", o la pasividad del "nunca lo hice". Por ejemplo, la constatada bajísima autoestima juvenil no parece externa y circuns-

¹⁵ La presencia de elementos estrictamente vocacionales junto con otros humanos vocacionalmente neutros supone la presencia de motivaciones consciente e inconscientes en la vocación: L. M. Rulla, F. Imoda, J. Ridick, *Antropología de la vocación cristiana. 2. Confirmaciones existenciales*, 1994, Madrid, Ed. Atenas. Con teoría o sin ella, muchos maestros/as confirmaríamos la motivación vocacional ambivalente.

¹⁶ J. L. Moral, "Miedo a la 'encarnación' o no pechar con la insatisfacción y la inseguridad", *Misión Joven*, n. 274, 1994, p. 18.

tancial, sino más profunda de lo que una vida eficiente en estudios, grupos cristianos, y buenas relaciones permite reconocer. ¿Por qué no tocar, pues, en la preparación al noviciado alguna herida, algún ejemplo de inferioridad, alguna rigidez mental o espiritual, que están debajo de esta baja autoestima? ¿Qué es más auténtico, el complejo conpensado que arrastra el chico/a, o la prueba quizá exigente que finalmente libera y sana?

Algunas crisis

Se indican muy someramente algunas situaciones bastante típicas de los candidatos que probablemente se beneficiarán mucho de la pedagogía de la prueba y la crisis. Una es la de *oposición familiar* a la vocación, nunca agradable para nadie. Algunos candidatos/as no dan el paso hasta que sus padres no lo aprueban; se trata de jóvenes ya adultos, que no siempre han tenido una relación muy amorosa con ellos pero que ahora desplazan esa relación problemática culposa, focalizándola en una decisión vocacional que de paso no afrontan. Aunque la decisión última depende del sujeto, el acompañante puede hacer mucho: no caer en la tentación de proteger al hijo/a de las iras paternas, ni ahorrarle el sufrimiento de esa oposición que le endurece. También procurar que la vocación sea algo comentado en la familia con antelación y libertad, sin dejar que el miedo a la familia blo-

quee al candidato/a; pues la vocación no puede ser objeto de lucha por la propia autonomía, sino una buena noticia comunicada como testimonio personal, convencido y sosegado, que sólo así tiene el poder de calmar la ansiedad paterna y asegurar la viabilidad del proyecto. ¿Tienen esta libertad los hijos para hablar con sus padres de su vocación y sus sentimientos profundos? No se encuentra tan claramente en los noviciados...

Otra situación es la del *candidato/a con dudas continuas*, que debe ser ayudado mediante la purificación, y no tanto con el apoyo que suele pedir. La presencia de dudas reiteradas en el candidato no es tanto señal de prueba bíblica ni de crisis de crecimiento, sino más bien de vocación insuficiente; y/o de una personalidad psíquicamente obsesiva y dubitativa, que será difícil para decisiones ahora y siempre, si no se le ayuda a cambiar. Hay dudas que se refieren a aspectos externos de la vocación: sobre el Instituto, los votos, las renuncias que debe hacer; este tipo de dudas proyectadas en asuntos concretos y externos pueden ser ideologizaciones defensivas de sus miedos internos, como lo pueden ser las dudas reiteradas sobre el proceso vocacional mismo, el momento más adecuado de avisar a sus padres de la vocación, de entrar en el noviciado, de terminar o no la carrera, sobre el futuro... Más creíbles y atendibles pueden ser las que se refieran directamente a

su poca capacidad para la vocación, a la propia inseguridad frente a la respuesta, que manifiestan una baja autoestima enmascarada, y que no es relevante especialmente si se puede afrontar con la palabra y si no llega a impedir la autoconfianza necesaria para el sí vocacional.

A veces las crisis vienen como añoranza de las llamadas *asignaturas pendientes*, materias no cursadas satisfactoriamente por el sujeto y que parece tener profunda necesidad de recuperar; como si no pudiera realizarse como persona sin aquella experiencia pasada que propiamente no pasó: disfrutar de una beca Erasmus en Europa; acabar la carrera que empezó con ilusión; sacar la oposición que preparó; desempeñar un determinado puesto de trabajo; dirigir la empresa familiar que le ofrece su padre; ir al tercer mundo durante un par de años como voluntario laico; formar una organización o empresa altruista en la que ocupar desempleados o minusválidos; salir con un chico o chica (o, de modo más impulsivo y explícito, acostarse con...); etc.

La interpretación de estas situaciones no se la puede ahorrar ningún pastoralista. ¿Qué sucede al candidato/a? ¿Son las tentaciones normales que siempre acechan, asignaturas pendientes que se pueden convalidar (siguiendo con el símil)? Esto no

sería más problema que el anterior de la tentación, la prueba y la crisis. Pero si se trata de verdaderas *asignaturas pendientes* lo más probable será que se repitan y no baste la voluntad de seguir, ni la propuesta de distracción en la actividad, sino que el discernimiento debe ahondar en explicaciones más profundas, como puede ser el amor no suficiente (no hay deslumbramiento ante la perla o el tesoro escondido que supla la fuerza de atracción de otras alternativas); o son cortinas de humo, en el sentido de desplazamiento de resistencias más ocultas hacia temas aparentemente razonables; o se trata de la añoranza de renuncias no hechas explícitamente que no se debe seguir ocultando; y últimamente suelen ser manifestación indirecta de necesidades humanas no reconocidas por el sujeto (o por su acompañante), que no han sido trabajadas en el discernimiento y acompañamiento vocacional, necesidades más centrales de lo que parecía. Y que se manifiestan más compulsivamente de lo esperado. ¿Y qué se puede hacer? Al menos no cerrar en falso estas grietas, pues se manifestarán

más tarde y con más dolor para todos. Y si la tentación afecta a la motivación central del sujeto es improbable que la integración vocacional sea posible ahora, sino que la vocación funcionará como una superestructura (en el peor de los sentidos) o como es-

No cerrar en falso estas grietas,

pues

se manifestarán

más tarde

y con más dolor para todos.

estructura paralela; y entonces no bastarán palabras de aliento, sino que se hace imprescindible para la consistencia y perseverancia vocacional trabajar la motivación básica, retrotrayendo el proceso a sus inicios.

Hay muchas otras ocasiones de preparar al noviciado a partir del uso pedagógico de la crisis o la prueba que aquí no podemos recordar. Pero es cierto finalmente que *el abandono o la exclusión* del proceso vocacional se trata de una experiencia muy frustrante para todo pastoralista o formador, aunque todavía no exista ningún compromiso con la institución. Pero esta situación también pone de manifiesto la grandeza de la libertad humana que puede decir sí y no a su Dios; nos adentra en el misterio de la talidad de toda mediación vocacional, pues los examinadores más honrados y conciencizados se pueden equivocar; y nos recuerda la imprevisibilidad de nuestros necesarios planes sobre las vocaciones. Dios llama, y creemos percibir señales de esa llamada; Dios prueba, y queremos ayudar a que sus pruebas sean entendidas y purifiquen constructivamente; Dios llena de gozo en el seguimiento de Jesús, pero percibimos que no a todos, ni de la misma manera, y que nosotros no podemos hacer mucho por impedir un enfriamiento vocacional inesperado.

* * *

Hemos hecho en las páginas precedentes algunas indicaciones sobre el acompañamiento y la preparación de las vocaciones para entrar mejor en el noviciado. Se implican temas que los equipos de pastoralistas y formadores/as de las diversas etapas debemos seguir debatiendo e iluminando para ayudar mejor a los pocos generosos chicos y chicas que se plantean en serio esta decisión tan difícil hoy. Quedan abiertos otros asuntos importantes, como el examen de las vocaciones, el acompañamiento de situaciones específicas o la implicación personal del pastoralista (o formador) en la tarea del acompañamiento. De momento parece suficiente la presentación de estos asuntos que, por otra parte, pueden estimular el trabajo de cualquier pastoralista juvenil.

Pues los chicos y chicas que están en los noviciados ni son raros ni son santos; sino sumamente normales y muy parecidos a los de cualquier grupo juvenil, tan llenos de limitaciones y condicionamientos culturales como ellos; pero estos han escuchado una llamada que algún acompañante les ayudó a interpretar y, aunque con miedo, se esfuerzan en un recorrido interior que les ilumina y va llenando de sentido sus vidas... como nos sucedió a todos nosotros hace unos cuantos años y, cómo no, con algunos otros condicionamientos culturales. ¿Por qué no pueden seguir sucediendo estas llamadas y estas respuestas en los próximos tiempos?